

LOS SERVICIOS DE INFORMACIÓN EN LA TRANSICIÓN AL MUNDO CONTEMPORÁNEO. UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

Manuel ESPADAS BURGOS¹

MIS primeras palabras deben ser de agradecimiento al *Instituto de Historia y Cultura Militar*, en las personas de su director, el General Francisco Javier Zorzo, y del general Manuel Esplugas, a quien agradezco sus cordiales palabras de presentación. Desde hace años y sobre todo durante la etapa en que fui miembro del seminario de historia social de las Fuerzas Armadas, uno de los que integraban el Centro Superior de Estudios de la Defensa (CESEDEN), he tenido la satisfacción de colaborar con este Instituto y de investigar en los magníficos fondos de su archivo y de su biblioteca.

El objeto de mi conferencia es doble: De un lado, intentar una actualización historiográfica de los estudios que en estos últimos años –y de forma muy especial en España– han abordado o renovado un área de investigación tan necesitada de atención. En definitiva, presentar un estado de la cuestión que pueda servir de punto de referencia y de reflexión para abrir líneas de investigación, potenciar las ya existentes o abandonar aquellas que no conduzcan al propósito deseado. Este último objetivo es con frecuencia extremadamente positivo –y siempre imprescindible– en la investigación histórica: saber qué caminos o qué fuentes no llevan a ninguna parte y por tanto hay que abandonarlos. Un gran avance en este

¹ Director de la Escuela de Historia y Arqueología de España en Roma.

intento de actualizar la aportación que en este sector historiográfico se ha llevado a cabo por parte de los estudiosos españoles ha sido la publicación -ya celebrado este ciclo de conferencias- del volumen monográfico de la revista *Arbor* que con el título «Al servicio del Estado: Inteligencia y contrainteligencia en España»², ha recogido una serie de artículos de estudiosos y especialistas en la materia. De especial interés para este propósito de actualización historiográfica es el trabajo de Juan Ramón Goberna Falque «*Los servicios de inteligencia en la historiografía española*»³.

En cualquier planteamiento que pretenda una revisión historiográfica es preciso partir de algunas evidencias. La primera es que cuando se intenta una visión en síntesis -o un estado de la cuestión- del estudio de los servicios de inteligencia, sorprende el escaso número de historiadores -y subrayo el término «historiadores»- es decir, de investigadores con formación y método históricos, que se hayan acercado al tema. Como escribe Félix Luengo, «los servicios de información secreta son, dentro de la historia contemporánea española, grandes desconocidos. Apenas aparecen mencionados en la bibliografía y apenas hay referencias ni tan siquiera a su mera existencia y, mucho menos, a su desarrollo, a su actividad, a los resultados de su peculiar trabajo, a su eficacia o ineficacia o a su posible injerencia en los avatares políticos o militares de nuestro pasado»⁴. La misma evidencia se apunta en el citado artículo de Juan R. Goberna: «Ha sido precisamente en los últimos diez o doce años cuando se ha producido el salto cuantitativo en lo que a la producción de estudios sobre inteligencia se refiere. Sigue siendo cierto que no existe nada que se parezca a una tradición historiográfica propia»⁵. Otro tanto opina Carlos Ruiz Miguel al afirmar que «*está por hacerse la historia de los servicios de inteligencia españoles. No existe ningún estudio histórico completo sobre los mismos, sino estudios fragmentarios*»⁶. La razón o mejor las razones de esta situación serían, en mi opinión, estas: Empecemos por las más evidentes, el carácter sumamente atractivo y por consecuencia «vendible» del tema. Deslumbra la figu-

² *Número Monográfico (CESEDEN) coordinado por Fernando GARCÍA SANZ, núm. 709, tomo CLXXX, Madrid, 2005.*

³ Pp. 25 – 74 del cit. vol.

⁴ LUENGO TEIXIDOR, Félix: *Espías en la Embajada: los servicios de información secreta republicana en Francia durante la Guerra Civil*, Bilbao, Univ. del País Vasco, 1996, p.

⁵ R. GOBERNA, Juan: op. cit., p. 28.

⁶ RUIZ MIGUEL, Carlos: *Servicios de inteligencia y seguridad del Estado constitucional*, Madrid, Técno, 2002, p. 165.

ra del «espía» –así denominado– de su labor instalada en el secreto y en el riesgo, y de su presumible apasionada vida. Permítanme aquí una significativa anécdota, que me ha llegado de algunos colegas míos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Cuando la sigla de este organismo era tan próxima a la del CSID, pues sólo se diferenciaban en una letra, era frecuente, al citar la institución en la que trabajaba, que a un investigador del CSIC se le confundiera –y hasta se le admirara– por la apasionante labor de «espionaje» que tenía adjudicada. El caso es que cuando se conocen la personalidad y el verdadero trabajo de los «espías», no suele emerger la figura del «007», sino la más realista y con frecuencia gris de un funcionario del Estado, civil o militar, con todas sus características, potencialidades y puntos débiles. Así los personajes que pueblan las obras literarias de ficción sobre el tema del espionaje suelen tener poco que ver con la realidad de los profesionales de los servicios de inteligencia.

En segundo lugar, y desde el punto de vista científico algo muy importante: la dispersión de las fuentes, consecuencia de la propia dispersión de los organismos del Estado que atienden esta importantísima dimensión de la vida pública y sobre todo de las relaciones internacionales, así como el difícil acceso a muchas de ellas, a las específicas del tema, primero por su propio carácter «secreto» o «reservado», sobre todo cuando en algunos archivos tal carácter no se revisa y, en consecuencia, se mantiene durante siglos. He visto retirar a algún veterano y prestigioso investigador militar y en un archivo del área propia de documentos del siglo XVIII porque en ellos figuraba la referencia de «reservado». Ese «reservado» era intemporal. De ahí la importancia que tiene la cíclica revisión de los fondos documentales para una adecuada desclasificación, acorde con los criterios archivísticos más actualizados. Por otro lado, en los catálogos o repertorios que ofrecen los archivos y centros de documentación tales fuentes no suelen aparecer expresamente citadas como asuntos de espionaje o de información, de forma que su investigación obliga al ejercicio de un olfato especial que permita leer entre líneas en los catálogos y repertorios. Pondré un ejemplo de mi propia experiencia: Al hilo de una investigación más amplia sobre la incidencia de la Primera Guerra Mundial en España, en la documentación consultada en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, había un expediente sobre la instalación de un sanatorio antituberculoso en la isla de Tenerife. Cuando eché un vistazo a alguno de sus papeles vi que se trataba de un importante asunto de espionaje alemán en la isla, en unos años decisivos para la guerra naval por la estratégica posición de las Islas Canarias y su

papel de punto de carboneo en el Atlántico para los barcos, todavía a vapor, de las potencias beligerantes⁷.

Sucede además que mientras en algunos países, como es el caso de los Estados Unidos, existe un reconocimiento oficial de la existencia de una «comunidad de la inteligencia», es decir del conjunto de servicios de información, en España esto no se da y, en su caso, predomina o ha venido predominando una total dispersión tanto de publicaciones como de fuentes y centros de documentación. Es a este respecto interesante la obra de Carlos Ruiz Miguel *Servicios de Inteligencia y Seguridad del Estado constitucional*⁸. Ya se ha destacado el papel, en cierto modo pionero, de autores como Domingo Pastor Petit y su amplia aportación al tema, en la que cabe destacar su *Diccionario Enciclopédico del espionaje*⁹ o la reciente obra de unos conocidos profesionales del periodismo como Joaquín Bardavío, Pilar Cernuda y Fernando Jaúregui¹⁰. No entramos -aunque también los consideremos importantes para la propia historia del espionaje- en la bibliografía sobre aspectos teóricos o éticos del espionaje, caso por ejemplo de aportaciones como la de Fernando Garrido Falla¹¹ o en la dimensión propiamente técnica del espionaje, para la que vuelven a aparecer numerosas contribuciones de Domingo Pastor Petit, entre otros autores.

Yendo al capítulo de la creación de los servicios de inteligencia, hay que destacar que hasta los años de la Segunda República propiamente no se llevó a cabo el primer intento de establecer una organización estatal al servicio de la inteligencia exterior. En 1932 se reforma el Estado Mayor del Ejército y se crea en su seno la *Sección del Servicio Especial (CSE)* a fin de adecuarse a los organismos europeos de esa misma área. A su frente se nombra al general Carlos Masquelet Lacaci. Es propiamente el primer intento serio de crear un servicio de información, pero no se puso en ello posterior empeño y su actividad estuvo siempre falta de medios. Por lo que se refiere a la información interior, se creó la *Oficina de Información y Enlace*, que

⁷ ESPADAS BURGOS, Manuel: «El interés alemán por Canarias en vísperas de la Primera Guerra Mundial», en *Homenaje al profesor Antonio Domínguez Ortiz*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1981 y «Empresas científicas y penetración alemana en Canarias. El pleito del hotel Taoro (1907-1912)», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, num. 33, 1987.

⁸ RUIZ MIGUEL, Carlos : *Servicios de Inteligencia y Seguridad del Estado Constitucional*, Editorial Tecnos.

⁹ PASTOR PETIT, Domingo: *Diccionario Enciclopédico del espionaje*, Madrid, Ed. Complutense, 1996.

¹⁰ BARDAVÍO, Joaquín, CERNUDA, Pilar y JAÚREGUI, Fernando: *Servicios Secretos*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000.

¹¹ GARRIDO FALLA, Fernando: «Ética y razón de Estado: los documentos del CESID y el caso GAL», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 48, 1973.

se considera antecedente de las *Brigadas de Información* e incluso de la *División de Inteligencia Interior* del futuro CESID, en la medida en que pretendía prevenir una involución en el seno del Ejército. Durante los años de la Guerra Civil, se producen algunos cambios, entre ellos la disolución en el lado republicano de la *Sección de Servicio Exterior (SSE)*, sucediéndola una serie de servicios de inteligencia, en una situación de polidependencia que iba desde el propio Estado, a las regiones y a los partidos políticos. Careció de coordinación y se dedicó casi exclusivamente al espionaje interior. Se llevó a cabo también en esos años y dentro del territorio leal a la República la reorganización de los servicios de inteligencia, creándose tres organismos: el *SIM-r*, (*Servicio de Investigación Militar*), propiamente dedicado al espionaje interior; el *SIEE* (*Servicio de Información Exterior del Estado*), para el área de lo exterior, y el *SIEP* (*Servicio de Información Especial Periférica*), especializado en el espionaje en el territorio enemigo. La falta de medios, la escasa coherencia interna y sobre todo la precaria coordinación, unidas a la injerencia y la presión de algunos partidos políticos, especialmente del partido comunista en los años más duros del estalinismo, incidieron en el fracaso de estos organismos, de forma que se ha podido decir que la derrota militar de la República tuvo una de sus explicaciones en los deficientes servicios de inteligencia de que dispuso.

En el otro bando surgieron dos agencias de inteligencia: El *SIM-f* (*Servicio de Información Militar*), creado por el general Orgaz para el frente de Madrid y estructurado por el comandante de la Guardia Civil Juan Cano. Para el nordeste de España funcionaba el *SIFNE* (*Servicios de Información del Nordeste de España*), creado a instancias del general Mola y dirigido por José Bertrán, con un carácter semiprivado, pero que parece actuó con gran eficacia. En febrero de 1938, paralelo a la conformación institucional del nuevo Estado surgido de la sublevación militar, se centralizaron ambos servicios de inteligencia en el *SIPM* (*Servicio de Información y Policía Militar*), dirigido por el coronel José Ungría.

Por su parte, las agencias de noticias aparecen en España hacia 1870, si bien desde dos décadas antes la valoración de la «noticia» se había ido acentuando sobre los contenidos doctrinales o los comentarios políticos del mundo de la información. Ya en la década de 1850 había hecho su aparición un órgano de prensa titulado *El Telégrafo*, con el subtítulo de «periódico de noticias». Los historiadores de la prensa española han subrayado el papel que en este ámbito desempeñaron periódicos como *La Correspondencia de España* y *El Imparcial*, consecuencia especialmente del desarrollo de las redes telegráfica y ferroviaria, de la creación de un capitalismo de empresa, del avance de la opinión pública y de una mayor profesionalidad en el

mundo de la información periodística. Un hito lo constituyó la creación de la *Agencia Fabra*, fundada por Nilo María Fabra y Deas, que empezó a funcionar como un «centro de corresponsales» y pronto se convirtió en agencia para España y Portugal. En 1870 se transforma en sucursal de la agencia francesa *Havas*, dos meses después de que esta hubiese firmado con la agencia inglesa *Reuter* y con la alemana *Wolff* un acuerdo de intercambio de información, paso muy importante si tenemos en cuenta que *Havas* dominaba el área informativa de los países latinos. *Havas* compra a Nilo Fabra su agencia telegráfica e incluso el semáforo óptico que este había instalado en Tarifa para comunicar con los barcos que cruzaban el estrecho de Gibraltar. Todo lo cual significa que, desde ese momento, toda la información que por esta vía llegaba a España lo hacía vía Francia, es decir venía filtrada por los intereses franceses. Lo mismo ocurría con la información que salía de España hacia el exterior. La información española quedaba condicionada a las instrucciones de París donde se seguía el criterio de que «*toute verité n'est pas bonne à dire*». Los ejemplos que de este condicionamiento procedían son numerosos. Lo que no interesaba a Francia o no se difundía o no entraba en conocimiento de los medios españoles. «*Si hay apreciaciones desagradables para el gobierno español pero tienen interés para nuestros servicios, no será evidentemente una razón para pasarlos en silencio*», decía una nota interna, de las que había muchas.

Otra agencia de fundación española fue *Mencheta*, creada en 1883 por el periodista Francisco Peris Mencheta. Trabajaba con información española y en ocasiones recibía despachos de la agencia francesa *Fourier*, pero en su actividad contó con muchas más dificultades y condicionamientos que *Fabra*. Entrado el siglo XX, se produjo un cambio importante cuando en 1905 *La Correspondencia*, *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Heraldo* no renovaron sus contratos con *Fabra*, que obligada por la francesa *Havas*, se había visto obligada a subir sus tarifas un 20 %. Otro impacto negativo en su trayectoria fue el fallecimiento en 1904 de su fundador Nilo Fabra, al que sucedieron Julio Danvila, sólo por unos meses, y Maximino Esteban Núñez, que fue su director hasta 1926.

Vayamos, dentro de los límites que ofrece el tiempo de una conferencia a un rápido muestreo de momentos claves en la vida española en que los servicios de inteligencia tuvieron especial protagonismo, deteniéndome en aquellos en que mi propia investigación me haya puesto en contacto con personajes o situaciones. Desde luego la larga conspiración que condujo a la restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XII fue un campo perfecto para el desarrollo de una serie intrigas y de actividades «secretas», en un escenario internacional como el que correspondía al exilio de la

monarquía (Francia, Suiza, Austria, Italia e Inglaterra). Teniendo en cuenta además la gran crisis internacional que llevó a la guerra franco prusiana, cuyo desencadenante fue precisamente la candidatura prusiana al trono de España¹². El número de agentes, informantes y conspiradores, que se movieron antes y después de la restauración de la monarquía, incluido el seguimiento que la policía y los servicios de información franceses llevaron a cabo, hacen de estos años un buen campo para la investigación histórica desde tales fuentes y enfoques. Dentro del marco de la Restauración, sin duda hay que individualizar la crisis de 1898 o, más ampliamente, el interés de los Estados Unidos por la isla de Cuba y los efectos del nuevo orden colonial surgido en esos años y afianzado en la conferencia de Berlín de 1885. Es un amplio escenario que precisa ser abordado sistemáticamente por la investigación española que sólo lo ha comenzado a desbrozarlo, aunque ya cuente con muy positivos resultados¹³. Desde la dimensión militar, recordemos la atención con que la *Revista de Marina* sigue los progresos de la Marina de los Estados Unidos, intentado superar el desconocimiento que en los medios militares españoles -y especialmente en la formación que los profesionales de las armas recibían en las Academias- existía sobre la realidad militar internacional, en este caso de los Estados Unidos y de su potencial militar. Recordemos a este respecto y brevemente el papel que desempeñó desde la agregaduría naval en Washington el teniente de navío Ramón Carranza que, iniciada la guerra con los Estados Unidos, se trasladó a Canadá, desde donde bajo la dirección del antiguo secretario en la Embajada española en Washington, Juan Dubosc, desarrolló una importante acción informadora, que en algunos aspectos y ocasiones, recuerda a la preparación del episodio que en 1873 creó una gravísima tensión entre España y los Estados Unidos. Me refiero a la llamada «crisis del *Virginius*», que yo estudié hace años¹⁴. Ramón Carranza organizó una misión en Tampa y en San Francisco con el fin de introducirse en las FAS de los Estados Unidos y obtener información. Recurrió para su actividad a la colaboración de una

¹² Cfr. ESPADAS BURGOS, Manuel: *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Madrid, CSIC, 1974 (2ª ed. 1991). Una actualización en el vol. XXXVI de la *Historia de España Menéndez Pidal* (Madrid, Espasa Calpe, 2000), coordinado por Manuel Espadas Burgos. Especialmente el capítulo «La política exterior de la Restauración», pp. 627 y ss. Para el estudio de las candidaturas al trono de España, cfr. Javier Rubio, *España y la guerra de 1870*, Madrid, MAE, Biblioteca Diplomática Española, 1989.

¹³ Para una actualización, el cit. volumen XXXVI de la *Historia de España Menéndez Pidal*, especialmente pp. 759 y ss.

¹⁴ ESPADAS BURGOS, Manuel: «La cuestión del *Virginius* y la crisis cubana durante la I República», en *Estudios de Historia Contemporánea*, Madrid, CSIC, Instituto «Jerónimo Zurita», 1976, pp.329-354.

agencia canadiense de detectives, que a su vez le puso en contacto con otro agente, un norteamericano nacido en Ontario, Frank Arthur Mellor, un personaje que se acopla perfectamente al tópico modelo del «agente secreto»¹⁵. Otro típico caso de espionaje en la crisis cubana es el situado en febrero de 1898 originado por la carta que el embajador en Washington, Emilio Dupuy de Lôme, había escrito a José Canalejas, carta que fue robada precisamente por la persona que el propio Canalejas tenía como encargado de su correspondencia, en realidad un agente, Gustavo Escoto, simpatizante con los insurrectos cubanos, que hizo llegar la carta a la Junta Cubana de Nueva York y, por mediación de su asesor jurídico, Horacio S. Rubens, terminaría en el *New York Journal*, que la publicaría en sus páginas bajo un gran titular: «El peor insulto a los Estados Unidos en toda su historia. El ministro español llama al Presidente McKinley un político entregado a la chusma». Y añadía el *Journal*: «De este episodio quizá surja la guerra». El embajador Dupuy de Lôme tuvo que presentar su dimisión y el gobierno de España presentar excusas al presidente y al gobierno de los Estados Unidos. Sin olvidar todas las intrigas desarrolladas en los propios territorios ultramarinos, de tal manera que «las intensas labores de vigilancia, a la caza y ojeo de conspiraciones separatistas, ocupan muchos párrafos de la correspondencia particular. Al gobierno de Madrid se le intenta trasladar la seguridad de que la isla estaba completamente vigilada por medio de confidentes, de la Guardia Civil y de agentes de la policía, hasta tal punto que -como se dice- «no temo me sorprenda alteración alguna que no esté prevista ni conocida»¹⁶.

Evidentemente, por su propia magnitud y naturaleza, la Primera Guerra Mundial significó un salto espectacular en el desarrollo de los servicios de información. En la medida en que España fue neutral se convirtió en un terreno minado y dominado por las más variadas formas de espionaje, al servicio de ambos bloques en conflicto. Pronto tendremos, como consecuencia de una investigación programada y en profundidad, un estudio muy revelador de esta importante dimensión de la guerra «de los espías». Es el que dentro de un amplio programa sobre fuentes apenas exploradas hasta el

¹⁵ Cfr. Rhodri Jeffreys-Jones, *Historia de los servicios secretos norteamericanos*, Sobre el espionaje en Cuba, cfr. Agustín R. Rodríguez, «El espionaje español en la guerra de Cuba», en *Revista Española de Defensa*, septiembre 1998 y Rafael Moreno Izquierdo, «El servicio de inteligencia de los Estados Unidos», en *Revista Española de Defensa*, septiembre 1998.

¹⁶ Cfr. Alberto Sabio Alcutén, «De lo diplomático a lo confidencial. La vida política en Cuba y Puerto Rico a través de la conspiración privada del Ministerio de Ultramar (1895- 1897)», en Octavio Ruiz Manjón y Alicia Langa (editores), *Los significados el 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, Universidad Complutense. Biblioteca Nueva, 1999.

momento está llevando a cabo Fernando García Sanz¹⁷. Pero me referiré sólo a mis propios y puntuales contactos con el tema, surgidos al hilo de otras investigaciones en torno a la incidencia de la Primera Guerra Mundial en España¹⁸. Un caso muy concreto de espionaje en territorio español tuvo como centro las Islas Canarias, tan estratégicamente situadas sobre todo en la época todavía de la navegación a vapor que las hacían una magnífica y casi insustituible estación de carboneo para los barcos. Ya en años anteriores al desencadenamiento del conflicto, el interés internacional sobre la Canarias se hace intensamente visible en la documentación. Inglaterra tenía puesta su atención en las Islas y además recelaba de la posibilidad de una base norteamericana en ellas, cosa que ya en la crisis del 98 había sido objeto de atención internacional. Un capítulo que pude estudiar fue el de la penetración a empresas dedicadas al mercado del carbón, empeñadas en controlar los depósitos en las Islas. Así la *Cory Brothers*, la *Elder Dempster & C^o*, la *Miller Wolfson & C^o* o la *Blandy Brothers & C^o*, entre otras. O por parte alemana, la *Woermann*. Y junto al problema de los depósitos de carbón, otro muy propio de la técnica de la época al servicio de la información: Se estaba proyectando la instalación del cable Endem-Tenerife, fundamental para la política colonial alemana en el África occidental. Todo este conjunto de intereses, en el contexto de la crisis internacional que pronto se materializaría en el gran enfrentamiento de la guerra, llevó a continuadas acciones de espionaje disfrazadas muchas de ellas de actividades e intereses científicos. Así surgió, por ejemplo, el hotel *Taoro*, en Puerto de la Cruz, nacido como un sanatorio antituberculoso dirigido por un médico, el doctor Pannwitz, que en realidad fue un gran centro de espionaje. No olvidemos, por otra parte, el gran observatorio que era el Teide, lo que significó una auténtica avalancha de climatólogos y meteorólogos en las Islas. Todo ello llevaba a la percepción que los propios habitantes de las Islas de «un creciente y activo espionaje alemán», como comunicaba el propio embajador español en Berlín.

Por lo que significó para la propia situación interna de España pero, sobre todo, por su dimensión internacional, el protectorado español y los conflictos que marcaron hitos en la vida española del primer tercio del siglo XX, Marruecos fue, como es de suponer, centro y objeto del espionaje

¹⁷ Cfr. En este mismo número su artículo, avance de esta investigación, «*Información, espionaje y contraespionaje en España durante la I Guerra Mundial*».

¹⁸ ESPADAS BURGOS, Manuel: «España y la I Guerra Mundial», en *J. Tusell, J. Avilés y Rosa Pardo* (editores), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 95-117.

internacional. Arturo Barea, en una de las mejores novelas que sobre este tema se han escrito, «La Ruta», segunda parte de *La forja de un rebelde*, da esta definición de Marruecos: «Durante los primeros veinticinco años de este siglo, Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos». También un centro de espionaje. En la citada novela de Barea se evoca uno de los nombres españoles que mejor conoció el país, sus problemas y puede ser tenido como un ejemplo de informador español, Alberto Castro Girona, un auténtico conocedor de la cultura del Magreb, responsable de un servicio secreto militar que actuaba en territorio enemigo. Disfrazado, llega a Xauen y allí negocia y logra que la ciudad se rinda prácticamente sin lucha al ejército español. Seguirán otras misiones, alguna de la importancia de la pacificación de la kábila de los Beni Urriaguel, en uno de los territorios de resistencia más intensa. De él escribe Arturo Barea: «Este general que parecía fundido para ser «el hombre de Marruecos», disfrutaba de un prestigio tremendo entre los moros, muchos de cuyos dialectos hablaba bien. Político astuto, hizo posible la ocupación de Xauen sin derramamiento de sangre, a costa sólo de unos cuantos tiros sueltos; semanas antes de la operación entró en la ciudad disfrazado de carbonero moro y negoció el rendimiento con los notables, amenazándoles con un bombardeo del pueblo y ofreciéndoles a la vez beneficios pecuniarios. Esta hazaña indudablemente salvó a cientos de familiares españoles de llevar luto».

Como es de suponer un acontecimiento como la guerra civil, instalado además en el prólogo de la Segunda Guerra Mundial, hizo de España un importante centro de espionaje. Ahora que, de nuevo y no siempre por motivos científicos, el tema de la guerra civil vuelve a cobrar actualidad -de hecho ningún tema histórico está cerrado ni sobre él se ha dicho la última palabra- cuando concierne al mundo de los servicios de inteligencia o, si se quiere, del espionaje ofrece un filón apenas explorado ni por tanto en espera de una serena y sistemática investigación.

Un tema de estudio, de nuevo más presente en la producción de profesionales del periodismo que en la propia investigación histórica, es el de la actividad de agentes nazis en la España tanto de la guerra como de la postguerra civil. Hay que tener en cuenta que en una colonia como la alemana que en los años treinta rondaba las 30.000 personas, el número de afiliados al partido nazi se multiplicó. En plena guerra civil había superado los 700 miembros. Al tiempo que crecían las empresas tapaderas de actividades de infiltración y de espionaje. Un nombre clave en esta actividad fue el de Johannes Bernhardt, un comerciante alemán llegado a España a comienzos de los años treinta, establecido en Marruecos, se puso allí en contacto con militares que tuvieron un especial protagonismo como Emilio Mola o

Eduardo Sáenz de Buruaga. La operación más conocida de que cuantas protagonizó Bernhardt fue la preparación de la visita que el 23 de julio de 1936 hicieron en Bayreuth a Hitler varios de los comprometidos en el alzamiento militar, entre los que estaban el jefe local del partido nazi en Marruecos, Adolf Langenheim, y el capitán español Francisco Arranz Monasterio. En la preparación de la entrevista colaboró también muy activamente el cónsul alemán en Bilbao, Friedhelm Burbach. En dicha entrevista celebrada el 25 de julio se consiguió la primera ayuda de material bélico para los sublevados. Terminada la guerra, Bernhardt permaneció en España al frente de un grupo de empresas alemanas bajo el nombre de *SOFINDUS*, que abarcaban desde bancos, como el *Deutsche Bank* o aseguradoras como la *Plus Ultra*, a mataderos, empresas navieras o minas, en años tan importantes para la exportación del wólffram. Otro agente importante fue el jefe de prensa de la Embajada alemana en Madrid, Hans Lazar, que paradójicamente era un judío nacido en Turquía. Se le tenía como el hombre más influyente y con más poder de la colonia alemana en Madrid. Era además hombre hábil que supo mantener buenas relaciones con la Iglesia, financiando la edición de las hojas parroquiales que, naturalmente, se convertían en un medio de sutil propaganda nazi. Irujo sitúa a otro importante agente en Madrid, un biólogo, Franz Liesau Zacharias, que vivía en la España de los años veinte y se dedicaba al comercio de animales con destino a experimentaciones biológicas, actividad que se aceleró en los años de la guerra. José María de Irujo sitúa un centro de reunión de algunos de estos personajes en el restaurante *Horcher*, abierto en Madrid por Otto Horcher y que según documentación del propio Ministerio de Asuntos Exteriores se había instalado con financiación del Servicio Exterior de Espionaje.

Por parte francesa, el *Deuxième Bureau*, por medio sobre todo de los agregados militares desarrolla una intensa labor con centros de investigación en Bayona y Perpignan. Casi todos sus miembros procedían del nivel de oficiales superiores, al menos con el grado de teniente coronel y muchos eran diplomados de la Escuela Superior de Guerra. Todos habían realizado un periodo de pruebas en el *Deuxième Bureau*, antes de incorporarse a la agregaduría militar. Un ejemplo de este modelo de agente fue el teniente coronel Morel, agregado militar en España entre 1936 y 1939. Sobre la actuación de Morel en España es muy revelador el estudio de Jaime Martínez Parrilla¹⁹, elaborado sobre fuentes de gran riqueza documental como los Archivos Nacionales de Francia -y en ellos, los papeles privados del

¹⁹ MARTÍNEZ PARRILLA, Jaime: *Las Fuerzas Armadas Francesas ante la Guerra Civil española*, Prólogo de José Uxó Palasí, Madrid, Ediciones Ejército, 1987.

general Pétain-, la *Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine* y los archivos de la Oficina de Información Diplomática (OID). El estudio es especialmente interesante para la actividad de Morel a partir de marzo de 1938, cuando es convocado al palacio Matignon de París para informar de la oportunidad de una intervención francesa en España. El teniente coronel Louis Henri Morel había llegado a España precisamente el 18 de julio de 1936. Era un hombre cercano a *Action Française*, organización de carácter nacionalista y monárquico. Su fidelidad a los intereses de Francia la probó cuando, pese a sus convicciones conservadoras, como francés optó por obstaculizar una victoria de Franco evitando el riesgo de contribuir a un estado fuerte, y apoyado por los fascismos europeos, al sur de los Pirineos, cuando para Francia siempre era preferible tener al sur un vecino débil y políticamente dividido. De ahí su consejo de reforzar el material aéreo de la República.

La guerra mundial marcó un nuevo y más activo capítulo de los servicios de información y tanto por su posición geográfica como por su condición de neutral, España y sobre todo en las zonas fronterizas tuvo un especial protagonismo. La actividad en la zona pirenaica ha contado con un buen estudio como es el de Ferrán Sánchez Agustín²⁰, que incluye un detallado recorrido por los servicios de información creados o reactivados en esa estratégica zona, tal como los *Servicios de Información de la Frontera Norte de España (SIFNE)*, que habían nacido en 1936 por obra del general Emilio Mola a iniciativa del conde de los Andes y organizados por Josep Bertrán y Musitu. Tuvieron su cuartel general en Biarritz, en la villa *La Grande Frégate*. Contaba con figuras importantes de Cataluña como Felipe Bertrán y Güell, Joan Estelrich, Eugenio D'Ors, Josep Pla o Francesc Cambó. A partir de febrero de 1938 cambian de nombre para denominarse *Servicios de Información de la Policía Militar (SIPM)*, dirigidos por el general José Ungría Jiménez, que en 1939 se trasladaba a Burgos para organizar los servicios de seguridad del nuevo Estado.

Tenían los SIPM una estrecha colaboración con los servicios alemanes de la *Abwehr* y de la *Gestapo* y contaban también con la colaboración de los servicios franceses. En Madrid, su conexión estaba al mando del coronel José Centaño de Paz y la colaboración de un miliciano que se ocultaba bajo el nombre de «Teodosio Paredes Laína», que era el seudónimo del entonces teniente Manuel Gutiérrez Mellado.

²⁰ SÁNCHEZ AGUSTÍN, Ferrán: *Espías, contrabando, maquis y evasión. La II Guerra Mundial en los Pirineos*, Lleida, Ed. Milenio, 2003.

De la misma temática es el libro de Pedro Barruso²¹, elaborado en gran parte sobre documentación de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y del General de la Administración, de Alcalá de Henares, así como del Archivo de Salamanca y del Servicio Histórico Militar, en su sede de Ávila. Junto al estudio de los servicios de información de la zona franquista en puntos como San Juan de Luz, Biarritz o Irún, con figuras como Quiñones de León, Luis Martínez de Irujo o el comandante Julián Troncoso, y la atención a los servicios de la zona republicana y a sus redes de información, como la que dirigía el pintor Luis Quintanilla, muy cercano al dirigente socialista Luis Araquistain, el libro se detiene también en el interés que los servicios secretos franceses tenían en controlar a los agentes italianos y alemanes que actuaban en Francia, especialmente de los agentes italianos de la *OVRA* que promovían atentados en suelo francés, dentro del plan italiano de desestabilización de la República Francesa.

Un área en la que queda muchísimo por hacer es la relativa al espionaje cultural y, en concreto, al estudio de los agentes culturales. Estudios como los de Antonio Niño para las relaciones culturales con Francia²² o Jesús de la Hera, para las relaciones con Alemania²³, con especial atención al papel de los profesores alemanes en la España de los años treinta, a la actividad del Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español (DAAD) o a la penetración de la ideología nazi en España. En la obra de Antonio Niño se presentan figuras como las de Pierre Paris, el abate Breuil- en cuanto la arqueología en la Península fue también en ocasiones pretexto para otros fines de penetración política: «La única orientación razonable para la política exterior española, concluyen unánimemente los hispanistas es la aproximación hacia Francia, teniendo como norte la conclusión de una futura alianza»²⁴. En el contexto de la Primera Guerra Mundial y bajo capa de historiador, Albert Mousset fue uno de los agentes franceses más activos. Su obra, traducida al español, *La política exterior española, 1873-1918* está escrita y pensada en ese sentido, como él mismo escribió: «L'Espagne est une maison qui a deux portes, les Pyrenées et l'Afrique, mais un seul concierge: la France. Une tension des rapports franco-espagnols serait un danger pour la France, une catastrophe pour l'Espagne».

²¹ BARRUSO BARÉS, Pedro: *El frente silencioso. Espionaje y guerra civil en la frontera del Bidasoa (1936-1939)*, Hiria, 2001.

²² NIÑO, Antonio: *Cultura y diplomacia: Los hispanistas franceses en España de 1875 a 1931*, Madrid, CSIC, Casa de Velázquez y Societé des Hispanistes Français, 1988.

²³ HERA, Jesús de la: *La política cultural de Alemania en el periodo de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2000.

²⁴ NIÑO, Antonio: op. cit., p.

Por mi parte he podido también acercarme a lo que, en este ámbito, han significado las relaciones culturales hispano italianas, al papel del Instituto Italiano de Cultura y del propio Ministero di Cultura Popolare, en la época del fascismo. En esa dimensión de la propaganda italiana en España, sobre todo en los años en que la radio era el principal agente de proyección son de destacar episodios como la instalación de una emisora en la propia Academia de España en el Gianicolo, tanto al servicio de uno de los bandos de la España en guerra como del propio gobierno fascista italiano. En este ámbito de «la guerra de las ondas» es muy interesante el estudio de Alejandro Pizarroso, centrado precisamente en los años de la Segunda Guerra Mundial²⁵.

En conclusión, mi conferencia ha querido presentar un pequeño muestrero de un tema abierto y aún muy necesitado de un esfuerzo investigador, algo imprescindible para la posterior etapa, quizá la más propia y comprometida del historiador, que es la de elaborar las síntesis. No hay síntesis sin investigaciones puntuales previas. Junto a esta convocatoria a un tema necesitado de atención, quiero también subrayar la necesidad de poner las fuentes específicas al servicio de los investigadores de acuerdo con la normativa internacional, pero superando el tabú de las «fuentes reservadas» *in aeternum*. También es preciso recordar que el tema necesita que se le observe desde una perspectiva histórica, científica, superando visiones anecdóticas propias de «aventuras de espías» y convencidos de que no sólo es un capítulo importantísimo y con personalidad propia de la historia de España sino también de su inserción internacional. De ahí la oportunidad de este ciclo de conferencias que sin duda estimulará la atención hacia este sector imprescindible de la investigación histórica.

²⁵ PIZARROSO Alejandro: *Stampa, radio e propaganda. Gli alleati in Italia (1943-46)*, Torino, Franco Angeli, 1989.